



# Violeta

Escrito por  
Daisy Bratcher  
y Megan Roth

Ilustrado por  
Gaby Zermeño



# Capítulo 1: Una llamada telefónica

Hace un tiempo había una niña de nueve años llamada Violeta. Ella tenía el cabello negro y rizado que le fluía más allá de sus hombros y sus ojos eran tan azules como el cielo después de una lluvia.

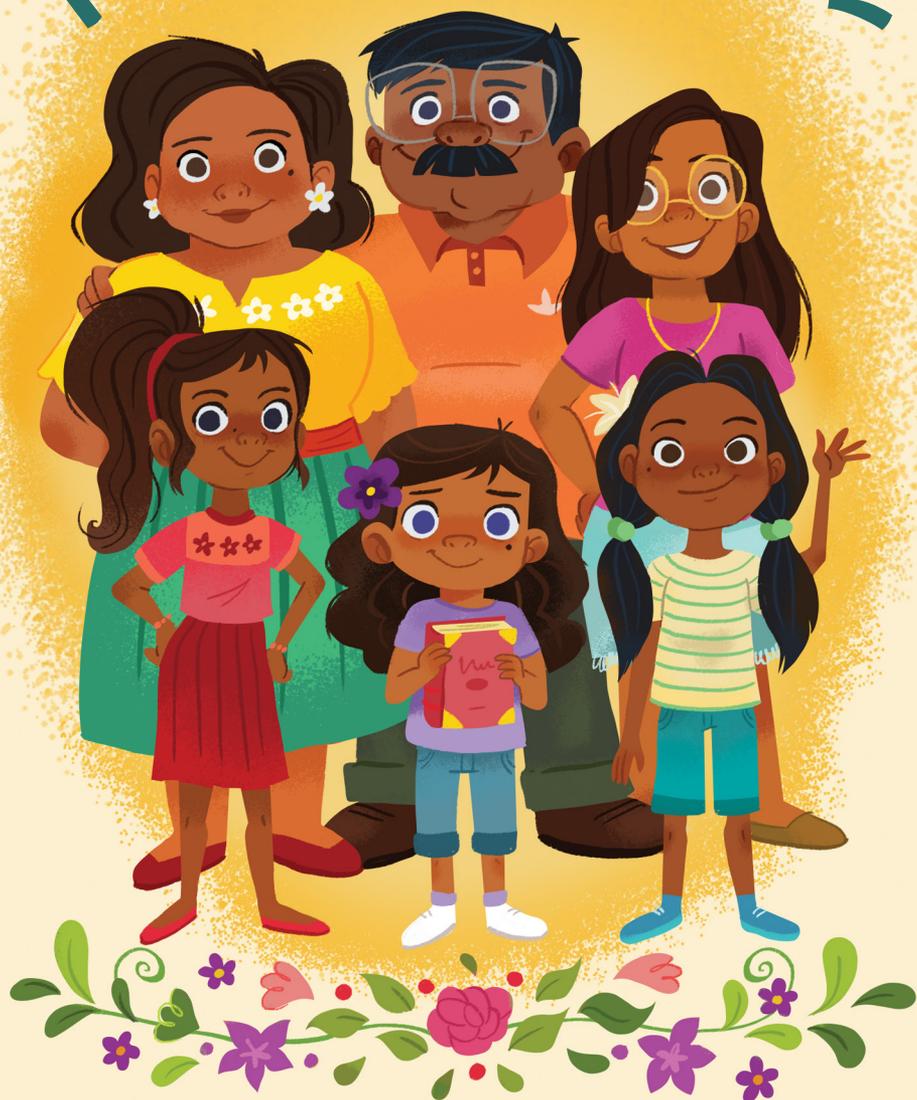
Ella vivía en una familia que tienen todos nombres de flores. Su papá se llamaba Lirio, su mamá se llamaba Margarita. Sus hermanas mayores eran Rosa, Azucena y Jazmín.

Estas cuatro hermanas eran tan diferentes como las flores de quienes habían recibido sus nombres. A Azucena le encantaba jugar afuera con sus amigas, a Jazmín le encantaba dibujar y



La

# Familia Pérez



pintar. A Rosa le encantaba cuidar a los niños y a Violeta le encantaba leer y leía de todo y todo lo que llegaba a sus manos. Ella leía libros acerca de los animales, aventuras e historia. Rosa, su hermana mayor, entendía su amor a las historias y la animaba a seguir leyendo.

La familia de Violeta vivía en un pueblo mexicano lejos del bullicio de la ciudad. Su casa estaba rodeada de arbustos exuberantes, árboles verdes y grandes con ramas nudosas y—claro—;muchas, muchas flores vibrantes! Un arroyo, claro y pequeño también fluía por su casa.

Una mañana antes de la escuela, Violeta venía bajando de su recámara mientras su mamá colgaba el teléfono. “Violeta,” dijo su mamá, “tu maestro, el Sr. González, nos acaba de llamar. Él está muy preocupado por ti porque dice que no participas en la clase y que no interactúas con los otros niños”.

Violeta inclinó su cabeza, sin saber qué decir. A ella le gustaba aprender y era inteligente, solo que sus compañeros en la escuela le hacían burla porque era tímida.

“Es que. . . es que. . . se ríen de mí y me dicen de cosas y el Sr. González no siempre se da cuenta de lo que hacen. ¡Yo ya no quiero ir a la escuela nunca!”

Violeta se acordó del día en que el Sr. González le había llamado al pizarrón para resolver un problema de matemáticas. Al caminar hacia el pizarrón, Juan le puso el pie y ella se cayó al piso. Todos se rieron. Cuando se levantó, su cara estaba tan roja como un tomate y eso hizo que sus compañeros se rieran con más ganas.

¿Cómo le podía explicar esto a su mamá?  
Su mamá, que tenía tanta confianza en sí



misma, no entendía lo que significaba ser tímida. Solo Rosa la entendía.

“Violeta, no me gusta verte escondida por los rincones llorando,” dijo su mamá. “La vida sería más fácil para ti si fueras más valiente como tus hermanas.”

“Yo no soy como mis hermanas, Mamá. A mí me gusta leer y puedo aprender más leyendo los libros en casa que yendo a la escuela en donde se burlan de mí. ¡Tú no entiendes cómo se siente eso!” Violeta salió corriendo y subió las escaleras de dos en dos.

“¡Oye! ¡Fíjate por donde vas!” dijo Jazmín mientras Violeta corría pasando a su hermana y entrando a su cuarto. Se acostó en su cama y empezó a llorar. Pronto escuchó pasos.

“Violeta, ¿qué pasa?” preguntó Rosa.  
“¿Por qué estás llorando tan temprano en la mañana?”

“Es lo mismo de siempre,” dijo Violeta. “Yo no quiero ir a la escuela—¡nunca más! Y ahora el Sr. González le acaba de llamar a Mamá y ella no entiende por qué la escuela es tan difícil para mí. Cada vez que voy, siento algo aquí”, dijo Violeta, señalando a su estómago.

“¿Qué es lo que sientes en tu estómago?” preguntó Rosa.

“Se siente tembloroso y apretado como un nudo,” respondió Violeta.

“Creo que lo que estás sintiendo es miedo”, dijo Rosa mientras se arrodillaba junto a la cama y limpiaba una lágrima de la mejilla de Violeta. “Voy a compartir un secreto contigo. Cuando yo tengo miedo, algunas veces me río”.

“¿Te ríes?” preguntó Violeta.

“Sí, lo hago. Reírme le ayuda a mi estómago a sentirse mejor y me ayuda a recordar que estoy bien como soy. Si te ríes

cuando tienes miedo, los niños pierden el interés en molestarte. ¿Tiene sentido eso?” preguntó Rosa.

“Mmm, creo que sí. ¿Quieres decir que los niños no sabrán cómo burlarse de mí si yo me río? ¿Y que, si me río, me podría sentir mejor también?” preguntó Violeta.

Rosa movió su cabeza en respuesta y se sentó junto a Violeta. “¿Te puedes sentar derechita para que te pueda peinar tu hermoso cabello?” Violeta se volteó de lado y se sentó de espaldas a Rosa. Rosa cepilló el cabello de Violeta con cuidado mientras la tranquilizaba. “Eres más fuerte de lo que crees,” dijo Rosa, dándole un fuerte abrazo.



## Capítulo 2: Una nueva amiga

Cuando Violeta llegó a casa después de la escuela, Rosa la recibió en la puerta de entrada con un plato de mango fresco, era el refrigerio favorito de Violeta. “¿Qué tal la escuela hoy?” preguntó Rosa.

“Fue más o menos igual,” dijo Violeta mientras comía una rebanada de mango. “Durante nuestra lección quería alzar la mano porque sabía la respuesta, pero esa sensación en mi pancita regresó, así que no lo hice”.

“Está bien, Violeta,” dijo Rosa. “Puede parecer difícil, pero algunas veces tienes que tomar ese primer paso antes de que te sientas preparada para hacerlo”. Rosa abrazó a Violeta.

“Voy a terminar este mango y después me voy a cambiar de ropa para ir a ayudar a Mamá. Gracias, Rosa”, dijo Violeta.

Violeta se quitó su uniforme de la escuela y lo colgó. Se puso un par de vaqueros, una playera y un par de tenis. Después cogió un libro y lo puso en su bolsa antes de salir corriendo al arroyo en donde su mamá estaba lavando la ropa de la familia.

“Ah, Violeta, llegaste a casa justo a tiempo. Necesito que empieces a colgar la ropa a secar”, dijo su mamá.

Violeta suspiró con alivio. Estaba agradecida que su mamá no le había preguntado acerca de la escuela. Violeta sabía que necesitaba participar, ¿pero cómo? En las historias que había leído, los personajes eran valientes y decididos. No tenían miedo de hablar o actuar. Ella no se sentía como



las personas en las historias, por mucho que los amara.

Una vez que Violeta hubo terminado de ayudar a su mamá, caminó a su lugar sombreado favorito cerca del arroyo y empezó a leer. Pronto se había perdido en la historia. Un ruido captó la atención de Violeta y alzó la cabeza. Vio a una mujer batallando para llevar



su carga pesada al arroyo. Violeta corrió al arroyo para ayudarla.

“Gracias niña. ¿Cuál es tu nombre?” preguntó la mujer.

“Violeta Pérez, ¡a sus órdenes!” Violeta contestó. “¿Y el suyo, señora?”

“Yo soy Natalia Villegas”, dijo la mujer. “Gracias, Violeta, por ayudarme con esta



canasta pesada ya que no estoy tan fuerte como lo era antes. Puedo ver que eres bondadosa y considerada. Y, por la manera en que estabas leyendo ese libro, puedo ver que tienes una imaginación muy grande. ¿De qué trata tu libro?”

Violeta sonrió. A ella le cayó bien la Sra. Villegas enseguida. Violeta empezó a contarle acerca de la historia y la Sra. Villegas escuchaba atentamente.

“Yo fui maestra de primaria cuando era joven, en la escuela del pueblo. Me hubiera encantado tener a un estudiante tan inteligente como tú en mi clase. Adivino que te encanta la escuela”.

Violeta bajó la vista a sus pies. “No, Sra. Villegas, No me gusta para nada la escuela”, ella dijo. “Siempre estoy sola. Durante el recreo leo un libro, que disfruto, pero algunas

veces quisiera jugar con los otros niños. No lo intento porque se burlan de mí o me ignoran”.

La Sra. Villegas observaba a Violeta, preguntándose si tenía algo más que decir.

“¡Violeta!” llamó su mamá. “¡Necesito tu ayuda!”

“Lo siento. ¡Me tengo que ir!” dijo Violeta.

“Claro, niña. Nos veremos nuevamente”, dijo la Sra. Villegas.

La Sra. Villegas sintió compasión por Violeta y se preguntaba qué podría hacer por ella. Entonces recordó un libro que había ayudado a algunos de sus alumnos. Ella decidió encontrar el libro y dárselo a Violeta.





ESCUELA

TANIA

2ºA

## Capítulo 3: Un regalo

Cuando la Sra. Villegas llegó a casa, ella abrió su ropero. Adentro estaba una caja de cartón grande llena de tesoros que había guardado durante sus años como maestra de primaria.

Encontró tarjetas hechas a mano de sus alumnos, así como fotos de sus diferentes clases. Al fondo de la caja encontró el libro que estaba buscando, la *Canción de Tania*. La cubierta mostraba a una niña, como de la edad de Violeta, cantando mientras caminaba por un sendero.

La Sra. Villegas sacudió cuidadosamente el libro y pensó en Violeta. El miedo que sentía

Violeta le estaba impidiendo hablar y tener la valentía para participar. La Sra. Villegas sabía que Violeta tenía muchas historias y pensamientos para compartir. Ella estaba segura de que este libro ayudaría a Violeta.

Al día siguiente, la Sra. Villegas fue al arroyo nuevamente con la esperanza de encontrarse con Violeta después de la escuela. Estaba tan de prisa que se le olvidó su canasta con ropa en casa. La Sra. Villegas se sentó en un tronco de árbol a esperar a Violeta. El sol estaba en lo alto e hizo que sintiera sueño. Mojó su pañuelo en el arroyo claro como el cristal, lo exprimó y se lo puso en su frente para refrescarse. Entonces regresó al tronco a seguir esperando.

Mientras estaba sentada, muchos recuerdos pasaron por su mente. Pensó en su experiencia como maestra. Se sonrió, recordando a todos

los niños que había enseñado. Había habido varios que eran como Violeta. Eran niños que tenían un gran potencial pero que no lo sabían. Eran niños tímidos y se burlaban de ellos.

Cuando la Sra. Villegas vio que Violeta llegaba de la escuela, ya era tarde y el sol era menos fuerte.

“¡Hola, Sra. Villegas! ¡Me da gusto verla otra vez! ¿Qué hace aquí sentada en este tronco?” preguntó Violeta.

“He estado esperándote, Violeta, porque tengo un regalo para ti”, contestó la Sra. Villegas.

Violeta sonrió y dijo, “Venga conmigo a mi lugar favorito en donde nos podemos sentar a la sombra de un árbol y usted puede descansar contra el tronco del árbol”.

La Sra Villegas siguió a Violeta. Allí había un árbol enorme con ramas anchas y el pasto era tan grueso y verde que casi parecía como una alfombra.

“Violeta, vine a darte este libro. ¿Ves a esta niña que está cantando? Su nombre es Tania y ella me recuerda a ti”.

“¿Qué?” Violeta preguntó. “Las personas en los libros no son como yo”.

“Bueno, a lo mejor Tania sí lo es. ¿Puedes leer este libro y ver qué piensas?” preguntó la Sra. Villegas.

“Sí, ¡lo haré! Muchas gracias por el regalo tan generoso, Sra. Villegas. ¡Voy a empezar a leerlo en la noche!” dijo Violeta. “Lo leeré con mi hermana Rosa, solo en caso de que no entienda algunas palabras”.



“¡Creo que eso es genial!” dijo la Sra. Villegas. “Espero que disfrutes la historia y no me tienes que regresar el libro. Es un regalo, dado con mucho cariño”.

La Sra. Villegas se recostó contra el árbol mientras Violeta rápidamente terminaba su tarea para que pudiera regresar a casa a leer su libro nuevo.

## Capítulo 4: Un libro

“¡Rosa! ¡Rosa! Mira lo que me dieron, ¡un libro nuevo!” Gritó Violeta mientras buscaba a su hermana.

Rosa estaba en su escritorio en su cuarto, rodeada de libros y papeles. Ella estaba estudiando para ser pediatra y con los últimos exámenes acercándose eso significaba mucho estudiar.

“Estoy acá arriba, Violeta,” Rosa contestó desde arriba. Ella tenía un amor especial por su hermanita y todos sabían que Violeta era la favorita de Rosa.

Violeta entró en el cuarto de Rosa como un pequeño tornado. “¡Mira! Mi nueva amiga, la



Sra. Villegas, me dio este libro. Ella fue maestra de primaria hace muchos años y dijo que Tania, la niña en el libro, es muy parecida a mí. ¿Podemos leerlo juntas, por favor?”

“Déjame verlo,” dijo Rosa. Miró la cubierta de la *Canción de Tania* y ojeó las páginas. Después hizo una pausa, una mirada de reconocimiento vino a sus ojos. “¡No puede ser! ¿Cómo dijiste que se llama la señora?”

“Su nombre es Natalia Villegas y es una señora anciana. ¡Debe tener como mil años!” dijo Violeta.

“¡Violeta! No seas irrespetuosa”, dijo Rosa. Trató de ponerse seria pero no podía y tuvo que voltearse para que Violeta no la viera contener la risa. Violeta siempre la hacía reír con sus ocurrencias.

“¿Sabes? Me parece que recuerdo a la Sra. Villegas. Ella era una maestra cuando yo estaba en la primaria hace años”, dijo Rosa.

“¿Podemos leerlo ahora, por favor, por favor, por favor?” preguntó Violeta.

“Está bien. Necesito un descanso de todo este estudio y memorización de todas maneras. Vamos a ver lo que tiene que decir este libro”, dijo Rosa.

Rosa y Violeta se sentaron en la cama, Rosa puso un brazo alrededor de los hombros de Violeta. Violeta acomodó el libro sobre una almohada y empezó a leer. Pronto estaba inmersa en el libro. Paraba solo cuando llegaba a una palabra que no sabía y entonces Rosa le explicaba lo que significaba.

Tania era una niña como de la edad de Violeta. Tania era inteligente y amaba cantar—tan solo que nadie estuviera escuchando.



A Tania no le gustaba la escuela. Los niños se burlaban de ella porque era tan callada y nerviosa. Había una niña, Gabriela, quien se burlaba mucho de Tania.

Un día mientras Tania estaba sentada en su lugar haciendo su trabajo en silencio, Gabriela amarró las largas trenzas de Tania en el respaldo de la silla. Cuando Tania se quiso levantar, se jaló las trenzas y cayó al piso. Tania empezó a llorar escondiendo su cara en el vestido. Cuando Violeta leyó esto, una lágrima corrió por su mejilla. Ella sabía muy bien cómo se sentía eso.

Tania cantó una canción triste ese día mientras caminaba despacio de regreso a su casa de la escuela. Ella no se había dado cuenta que su maestra había escuchado su hermosa canción triste.

Violeta siguió leyendo. Ella descubrió cómo la maestra de Tania la animaba y como Tania se enfrentó a Gabriela, aun cuando tenía miedo. Violeta y Rosa tomaron turnos leyendo. Se estaba haciendo tarde, pero para Violeta solo había sido un momento.

“Necesito seguir estudiando, Violeta. ¿Puedes seguir leyendo las últimas páginas para que podamos saber qué es lo que sucede con Tania?” preguntó Rosa. Ella regresó a su escritorio mientras Violeta descansó su cabeza sobre la almohada y terminó de leer.

Violeta leyó acerca de cómo Tania había aceptado la invitación de la maestra para cantar una canción en una clase para una celebración. Esta vez, una lágrima de felicidad corrió por la mejilla de Violeta. Ella solo podía imaginar cómo se sentiría ser tan valiente.



## Capítulo 5: Un público

Mientras Violeta caminaba a la escuela unos días después, ella pensaba acerca de la *Canción de Tania*. Ella se imaginó ser la amiga de Tania y ayudarla cuando se sintiera triste o tímida. Ella se imaginaba allí cuando Tania cantó para su clase.

Violeta caminó aprisa, así que llegó a su salón temprano.

“Buenos días, Violeta”, dijo el Sr. González. “¿Has terminado de leer el capítulo que les asigné?”

“Buenos días, Sr. González. Si, lo terminé”, respondió Violeta.

“Tenemos unos minutos antes de que el día de escuela empiece. ¿Te gustaría hablarme del capítulo antes de que lleguen tus compañeros?” preguntó el Sr. González.

Violeta, viendo que estaba sola y que ninguno de los niños la veían, empezó a relatar el capítulo. Era acerca del pueblo Azteca del México antiguo. Ella explicó cómo los Aztecas habían creado un imperio grande con palacios, pirámides y templos, todos con hermosos dibujos tallados. Ella habló acerca de sus mercados, escuela y calendario.

Estaba tan metida en su historia que no notó que sus compañeros iban llegando. Mientras escuchaban a Violeta, ellos estaban cautivados con cada palabra que hablaba.

Entonces sonó la primera campanada. Ahí fue donde Violeta notó a su público sentados en sus escritorios y observándola. Su cara se

puso de diferentes tonos de rojo y su estómago se apretó. Ella empezó a caminar hacia su escritorio.

“Violeta ¡por favor continúa!” dijo el Sr. González. Violeta vio como sus compañeros movieron su cabeza en acuerdo.

Violeta quería sentarse y esconder su cara. Entonces recordó cómo Tania había cantado y también recordó lo que Rosa había dicho acerca de reírse. Así que Violeta tomó un respiro profundo y empezó a reírse.

Durante un momento, los niños estuvieron muy quietos y entonces se unieron a la risa. Violeta sintió como el nudo que sentía en el estómago se iba aflojando. Ella también notó las miradas curiosas en las caras de sus compañeros.

Violeta continuó describiendo los símbolos de los Aztecas en la bandera



mexicana. Cuando terminó, sus compañeros le aplaudieron, haciéndola brincar.

“¡Bravo, Violeta!” dijo el Sr. González, uniéndose al aplauso. “¡Casi parece como si hubieras estado allí con los Aztecas! Ahora es tiempo de empezar con nuestras lecciones de hoy”.

Cuando fue hora del recreo, Violeta corrió a su lugar para leer en el patio. Ella no estaba segura si alguien se acercaría para burlarse de ella. Para su sorpresa, varios de sus compañeros se acercaron para felicitarla.

“Violeta, ¡estuviste increíble!” dijo Susana. “Yo había pensado que el capítulo había sido aburrido. Pero tú lo hiciste cobrar vida. Yo lo voy a empezar nuevamente”.

“Si, Violeta. Explicaste tan bien el capítulo que ¡no tendré que volverlo a empezar!” dijo Roberto.

“A ti en verdad te gustan la historia y los libros, ¿verdad? ¿Por qué? Tienen tantas palabras y no tienen suficientes imágenes. ¿Cómo es que te puede gustar tanto?” preguntó Elena.

“Bueno”, dijo Violeta“, cuando leo, me meto a la historia. Imagino a las personas y trato de sentir lo que ellos están sintiendo. Imagino los colores y los olores. Algunas veces hasta parece que ¡puedo saborear las cosas!” Violeta explicó.

“¿Quieres jugar con nosotros alguna vez, Violeta?” preguntó Roberto. “Nos encantaría escuchar más de tus historias”. Violeta movió la cabeza de acuerdo y sonrió.

Cuando terminó la escuela, Violeta corrió a casa. ¡No podía esperar a decirle a Rosa todo lo que había pasado! Empujó la puerta de





entrada a la casa y corrió al patio, en donde encontró a Rosa regando las flores.

“¡Rosa! ¡Rosa! ¿Qué crees?” llamó Violeta.

“¿Qué pasa, mi amor?” preguntó Rosa.

“Hoy llegué a la escuela temprano. El Sr. González me pidió que le contara acerca del capítulo que nos asignó de historia y . . .”

Violeta compartió todo lo acontecido. Rosa escuchaba atentamente sonriendo y riéndose junto con Violeta. Mientras Violeta hablaba, ella rebotaba sobre sus pies y movía animadamente sus manos.

“¿Lo puedes creer?” preguntó Violeta.

“Sí, ¡puedo! Tomaste el primer paso y te enfrentaste a tu miedo”, dijo Rosa mientras le daba un beso a Violeta en la mejilla. “Al seguir tomando pasos, se va a ir haciendo más fácil participar. Estoy muy contenta de que ¡ahora tengas amigos con quien jugar!”

“No puedo esperar a decirle a la Sra. Villegas lo que sucedió en la escuela y decirle lo mucho que disfruté del libro que me regaló”, dijo Violeta. “Voy a ir a encontrarla mañana en el arroyo”.

“Sé que le va a agradar saber acerca de lo que sucedió”, dijo Rosa. “Vamos a terminar de regar las flores y entonces vamos a caminar al mercado para celebrar.”

“Sí, ¡por favor!” dijo Violeta.

Violeta y Rosa regaron las flores con retoños tan grandes como platos y tallos tan altos que llegaban a su cintura. También regaron las flores pequeñas y delicadas que abrazaban la tierra. Violeta tocó una de las flores pequeñas y delicadas con cuidado, diciendo, “Creo que nunca había notado lo hermosa que eres hasta ahorita”.



Cuando terminaron de regar, las hermanas empezaron a caminar hacia el mercado, mano en mano. “Rosa, gracias por ayudarme”, dijo Violeta. “Tú eres para mí más hermosa que cualquier rosa”.

“Y tú más dulce para mí que cualquier violeta”, dijo Rosa.



**Daisy Bratcher** vive en Taylorsville, Utah. Ella creció principalmente en los Estados Unidos y también pasó tiempo extensivo en México, en donde nació. Su deseo siempre ha sido influenciar a los niños de una manera positiva para que sean más empáticos y bondadosos. *Violeta* es, en parte, su historia.



**Megan Roth** ha encontrado aventura y consuelo en los libros desde que era una niña. En la universidad, ella estudió inglés y edición y después empezó a trabajar como editora y escritora. A ella le encanta explorar la naturaleza, asistir a juegos de fútbol y conciertos corales, así como tocar el piano. Ella tiene tres hijas y vive cerca de las hermosas montañas de Ogden, Utah.



**Gaby Zermeño** es una ilustradora independiente establecida en la Ciudad de México quien disfruta de dibujar imágenes de la vida cotidiana, diseñar personajes y dar clases en las escuelas de arte. En su tiempo libre ella disfruta leyendo libros de ciencia ficción, pasando tiempo con su gato y cuidando de sus plantas. A ella le gusta decorar su alrededor con color.

**Copyright © Waterford Institute, Inc.**

Todos los derechos son reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida, en ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, digital, fotocopiado, grabado, o de cualquier otra manera, sin el previo consentimiento por escrito por el editor.

**Publicado y distribuido por Waterford Institute, Inc., Sandy, Utah.**

Waterford.org busca combinar los mejores aspectos del aprendizaje de ciencias, relaciones de tutelaje, así como tecnologías innovadoras para establecer programas para la comunidad, escuelas, y hogar que proporcionen excelencia y equidad para todos los estudiantes.

Impreso en los Estados Unidos de América.

ISBN-13: 978-1-4256-1333-4

Waterford™, Waterford Institute™, Waterford a Nonprofit Research Center™, Waterford.org™, Light Atom logo®, Rusty and Rosy®, Waterford Early Learning®, Waterford Early Learning logo™, Waterford Reading Academy™, Waterford Early Reading Program®, Waterford Early Reading Program logo®, Waterford Early Math and Science™, Waterford Early Math & Science logo™, Waterford Early Learning: Reading™, Waterford Early Learning: Math & Science™, Waterford Early Learning: Classroom Advantage™, Waterford Early Learning: SmartStart™, Waterford UPSTART™, WACS™, Camp Consonant®, and Curriculet™ son marcas registradas de Waterford Institute, Inc. en los Estados Unidos y otros países y son usadas de acuerdo a una licencia con Waterford Institute, Inc.

